

popular y con ellas logrará, al par que reivindicar económica y culturalmente a las razas indígenas, establecer las bases mismas de su vida. Que esto sucederá es ineludible y no por razones que tengan que ver con doctrinas sociales preconcebidas, sino obedeciendo a las más íntimas exigencias de la vida económica y social de todo un Continente”.

El profesor Lipschütz termina recordando que, puesto que tanto el indio como el español participaron en la formación de los pueblos hispanoamericanos, la nueva obra cultural que éstos deben llevar a cabo debe estar cimentada en las tradiciones culturales de ambos, completadas con las de origen más reciente. Con esto, el progreso cul-

tural de cada pueblo resultará adaptado a su propio proceso vital y le creará su propia *tradicional nacional*. Sin embargo, no llegará a alcanzar su cabal realización, sino cuando las masas indígenas se hayan incorporado y llegado a participar activamente en la vida de cada uno de los pueblos del Continente. Hasta entonces será cuando el proceso formativo iniciado por los países hispanoamericanos, a raíz de la Conquista, alcanzará su madurez. El internacionalismo hispanoamericano contribuirá a la misma finalidad, y *a paso y medida que vaya surgiendo la consciencia cultural indo e hispanoamericana, se irá hundiendo la severa ley secular del espectro racial.*

LA AGONIA DE LA ESPADA

P o r J O S E M A R T I N E Z S O T O M A Y O R

A mi querido amigo Agustín Yáñez.

LA vida como asociación es atadura y correspondencia de lo vario y homogéneo; pero también la vida es persistente contradicción. Dijérase que la vida integra—dinámica paradoja—una virtual antítesis en seguimiento de una conclusión fugitiva. Vida somática. Vida social. Mas, a las veces, por sobre el desequilibrio de las fuerzas que ruedan por la pendiente en busca de imposible remanso, se concreta de pronto, como por arte de magia, un producto que lleva en sí la esencia de lo contradictorio y cinemático, de lo afirmativo y negativo de una época, pero ya en clara armonía de síntesis.

Síntesis maravillosa es la espada. Cristalizando para su perfección en la Edad Media, es el expresivo instrumento que integra con exacta fidelidad el doble carácter de su siglo: la violencia y la fe. Jano de doble mirada y paisaje doble. Un poderoso aliento espiritual en los corazones y en ellos mismos el huracán desatado del dominio rapaz y de la muerte. Creación y destrucción fundiendo su contenido universal en idéntico vaso. Conventos de selección y ejércitos de rapiña. Y en nombre del amor a Cristo el Occidente se precipita sobre el Oriente. Odio y amor, unidad abrasadora y absurda. ¿No es admirable la síntesis de la espada medieval? La cruz en el puño, tibia de calor humano, y prolongando la misma cruz la hoja hiriente y fría, súbita perpendicular de ren-

cor. Opuestas y armónicas la suave leyenda de la mansedumbre y la cruenta realidad de la lucha. Confusión y equilibrio—acero firme—del pensamiento moral y de la acción conquistadora.

Por instinto, ante la aparición del símbolo, los pueblos le otorgan los atributos de su virtud, así a una deidad antigua. Objetivación de los sentimientos confusos que circulan en el organismo social y que se concretan en el hallazgo singular y tangible. Brillante, flexible y sonora, la espada fue al través de los tiempos el signo más autorizado del honor y la bravura: “Noble como una espada” se dijo al muy noble. Atributo de mando y de respeto, la espada se rindió en la derrota. Y signo de pureza se puso en medio de los niños desposados, príncipes en cuyo lecho—no tálamo—la política establecía alianzas de Estados. Signo de piedad el caballero besó, antes del combate, el puño del acero.

Pero la fantasía popular exaltada al calor de las hazañas guerreras llega a salvar las lindes de lo convencional y simbólico, hasta conferir a la espada una vida propia, sobrenatural, animada, de un valor intrínseco activo que convierte el arma en un ente orgánico y sensible, actuando en el reino de lo milagroso. La espada cobra así personalidad y nombre. Es el pináculo de la apoteosis. En las manos de Carlo Magno—más preciada que su cetro—Joyeuse; en las del Rey Arturo: Scalebor; Haute—llere de Olivier y—espanto de sarracenos—la tizona del Cid.

Esta loca y admirable imaginación sublimada por los fabulosos relatos de los libros de caballerías, viene a cuajar el sentido de una relación de equivalencia entre el caballero y su espada. Esta y aquél, por tradición y ley de armas, se complementan en el ánimo y la empresa, compañeros de fuerza y autoridad. Es una embriaguez fetichista que se sobrepone y deforma la realidad proyectándose, por los años, en los gestos y en la voluntad. Pizarro dibuja sobre la arena con la punta de su estoque la línea que habrá de distinguir a los conquistadores del Perú—a los héroes—con la cabal inteligencia de rito con que tiempo atrás Breno arrojara sobre la balanza del vencido su espada, exigiendo el especial tributo de su golpe y de su peso.

Como consecuencia trascendental de estas ideas se agita en los espíritus, en combinación con otros factores, un afán individualista profundamente emotivo. La lucha con la espada es un sentimiento en el paladín, en el soldado. Sentimiento de pujanza personal, del propio valer en el combate; conciencia exclusiva del choque con el enemigo; reconocimiento por conducto de la hoja hostil—así un sexto sentido tenso—de su resistencia, de su valor y calidad, engarzando los crepitantes hierros la pelea—trágica danza—que dentro del combate es un episodio singular desvinculado del conjunto, lance de hombre contra hombre, de brazo contra brazo, de ofensa contra ofensa. Trágica danza que sigue también un ritmo individual, girando en el estrecho círculo que dibujan los dos combatientes al buscar el acierto de la estocada o el esguince de la elusión, con pasos que se acompañan en el juego sincrónico de la embestida y la defensa y que luego se resuelve, al vencimiento, en la unidad ansiosa del vencedor. Así se alimenta el sentimiento de que el valor personal gana las batallas—Cid las ganó ya muerto—con la ayuda de la espada, y acaso, para el caballero piadoso, con la ayuda de la reliquia santa que se guarda en el pomo de la guarnición. Sentimiento absolutamente individualista de habilidad y fuerza, que deriva luego, como realización, en el desafío, medio para establecer la jerarquía de los espada-chines. ¡Oh! ¡Y la jactancia...! En cada hombre de armas de los bravos tiempos del feudalismo reside la verdad de que en él y su espada están la batalla y el triunfo. ¡Magnificencia centripeta del mosquetero!

Nervio y divisa de una cultura que le dió vida y relación, la espada había de entrar en decadencia. Deshecha la leyenda, torcida la costum-

bre, rota la arquitectura ideológica de la época, el precioso instrumento habría de vivir en lenta agonía, superviviente de sí mismo por la intensidad de su prestigio. Va desapareciendo poco a poco de los uniformes guerreros donde persistía como insignia de mando. Aun el espadín diplomático, fino, frágil e inocuo como una frase protocolaria, se extingue, brote tardío y asténico de tan gloriosa estirpe. La espada ha entrado en agonía.

En la transformación histórica se explica—fría lógica—la triste senectud del símbolo caballeresco. El mundo nuestro ha adoptado la táctica colectivista del maquinismo. La guerra moderna, la guerra contemporánea no es en el individuo la explosión de un sentimiento, sino la fijación de un concepto. Ha entrado al campo de la lucha un nuevo elemento—factor impersonal por excelencia—, trastoándolo todo: la ciencia. Por encima del hombre, la técnica. El soldado es un número en el combate, y la masa de combatientes está gobernada por reglas genéricas y estrictas. Y por encima del hombre y su valentía, la ametralladora; el triunfo aplastante de la máquina sobre el espíritu humano.

La espada va muriendo de individualismo conquistador. Fue su fórmula: "Nadie las mueva—que estar no pueda con Roldán a prueba"—. El hombre y su espada fueron inviolables, intangibles. Durandarte, la espada de Roldán no debe moverse sin caer en la cólera de su dueño. Durandarte significa egocentrismo, libertad sin límite, afirmación individual desorbitada y fiera. Pero esta tendencia ha cambiado de signo. El mundo de hoy quiere operar por grupos organizados—asociaciones, sindicatos, cooperativas, ligas—. La lucha es de clases, batalla terrible por el dominio del mundo, la que, dentro del plan en que opera, adopta como la guerra misma, formas de técnica científica. Aun los desafíos de antaño tienen su correspondencia en las pugnas deportivas de hogaño, donde los grupos se disputan la supremacía en las olimpiadas internacionales, equivalencia que se prolonga a considerar sus resultados, dentro de la velada superstición de nuestros tiempos, como a un verdadero juicio de Dios.

¡La espada ha muerto! La de Napoleón, dise-cada y quieta es un despojo más en el Museo del Ejército, entre banderas rotas y olvidadas.

¡La espada ha muerto! Sin embargo, el mundo recibe todavía su anacrónico influjo—signo borroso en el Zodíaco—, así como un generoso y discreto espaldarazo.